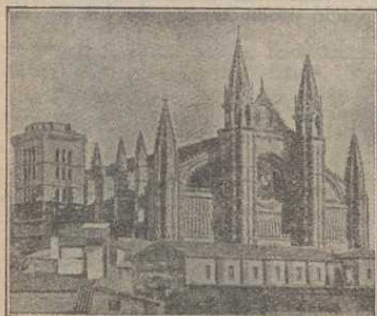


tumbres sencillas, buenos soldados y excelentes marinos. El clima y suelo ofrecen aquí todos los encantos de una región paradisíaca; estos isleños desconocen los rigores del



Palma de Mallorca. — La Catedral

invierno y los ardorosos calores del estío, y su terreno rebosa fertilidad. Los dilatadísimos almendrales; los azahares de naranjos y limoneros; los granados y las palmeras; los olivos y los algarrobos; los nísperos, los bosques de higueras, la vid y demás frutales, perfuman y enriquecen esta tierra de promisión.

Iberos debieron ser los aborígenes de estas islas. Su apelativo *baleares* viene del verbo griego *ballein*, que significa arrojar o tirar, por la antigua y proverbial destreza de estos isleños en tirar piedras con la honda.

Sábase que los fenicios colonizaron este archipiélago. A ellos o a los iberos se deben los monumentos ciclópeos o megalíticos, que en Menorca y Mallorca evocan el recuerdo de la más remota antigüedad.

El genio mercantil de los griegos también batió sus alas sobre estas islas, y llamó *Gimnesias* al grupo de Mallorca, Menorca y Cabrera, y *Pitiusas*, al de Ibiza y Formentera.

En el siglo VI antes de Jesucristo fueron conquistadas por los cartagineses, uno de cuyos jefes, *Magón*, hermano de Aníbal, dió su nombre a la capital menorquina, y es fama que los *honderos* baleares prestaron el concurso de su valor a los ejércitos de Cartago.

Las murallas romanas de la *fidelísima Alcudia* no se hubieran levantado, sin haber sido aquí, efectivo, el poder latino. Abatido éste, el archipiélago fué conquistado por los vándalos; formó parte de la monarquía visigoda, y a fines del siglo VIII cayó en poder de los musulimes, siendo gobernado por un valí en nombre del califato de Córdoba. Las piratearías de los moros baleáricos fueron azote de los pueblos cristianos del litoral mediterráneo hasta el año 1229, en que la espada victoriosa de Jaime I unió estas islas a la corona aragonesa.